

Tengo 33 años, soy hijo de una crisis, la del 79, aquella que marcó el desbocamiento salvaje del capital que llevaría al neoliberalismo. Crecí en medio de la frialdad ochentera marcada a golpe de jeringuilla en un barrio de la periferia de una ciudad que dicen que ya no existe. La depresión de la juventud en los noventa, alimentada por la MTV y los videos musicales, se me metió dentro como si Seattle fuera un casa. Querí formar parte de ese "pueblo Seattle" que intentaba despertarse a principios del nuevo milenio. Viajé, grité y lloré cuando nos administraron la necesaria dosis de muerte para acabar con nuestro deseo de cambio social.

Abandoné el deseo por las marcas, perdí el miedo al Estado-Querra, intentando hacer de mi vida un acto de subversión. Me enredé en cientos de luchas infinitesimales, un combate contra la realidad. Renací con una nueva paternidad, aquella de los que no pactaron por la democracia, los raros, los anormales, los que abrieron un nuevo camino de pensamientos y vida. Me atrerí a emprender, pensando de forma inocente poder abrir un espacio de trabajo y vida en medio de la monetización global, y solo conseguí hundirme más en la (re)-producción del sistema.

He llegado hasta aquí sin un horizonte, sin un relato que me autorizara plenamente mi existencia fuera del Estado-Empresa, acumulando derrotas contra todos mis objetivos. He madurado en medio de esta nueva estafa llamada crisis de la deuda, viendo cómo nos arrebatan todas y cada una de las conquistas sociales del viejo movimiento obrero.

Ahora que la política solo es cooptación, que las decisiones solo pueden ser tomadas por especialistas, que el Estado necesita ejercer cada vez más violencia para mantener la estafa generalizada, presento mi renuncia a formar parte de esta barbarie.

Presiento que no hay más salida que renunciar a ser ciudadano, a tener derechos solo si ganas dinero; renunciar a formar parte de los gestores del desastre, de los emprendedores de la miseria, renunciar a toda bandera, patria o nación.

Me afirmino en la desobediencia al contrato social, me dirijo al vacío, a ese agujero negro donde la nada, sea nada. Me recluyo ahí donde quizás, algún día, entre un rayo de realidad. Esperaré vagando por la oscuridad ese momento, cuando perdidos y ciegos en la noche del siglo XXI, atentas, reconocamos unos rostros con los que poder, buscando un nuevo lenguaje, tomar de nuevo la palabra y construir algo similar a un "nosotros".